

Recuerdos de una hija

Virginia López Peñalver
Rosa Ordóñez Martín

Recuerdos de una hija

septem 
ediciones

Recuerdos de una hija

SEPTEM LITTERA

Primera edición: febrero, 2009

© 2009 Virginia López Peñalver

© 2009 Rosa Ordóñez Martín

© de esta edición: Septem Ediciones, S.L., Oviedo, 2009

e-mail: info@septemediciones.com

www.septemediciones.com

Blog: septemediciones.blogspot.com

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin previo permiso escrito del editor. Derechos exclusivos reservados para todo el mundo. El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.

DISEÑO CUBIERTA Y COMPAGINACIÓN: Me&R Studio

ISBN: 978-84-92536-12-2

D. L.: M-____-2009

Impreso en España — *Printed in Spain*

*A Mariana
con todo cariño.*

*Oh Bárbara
Qué estupidez la guerra
Qué ha sido de ti ahora
Bajo esa lluvia de acero y de sangre.
Y el que te estrechaba entre sus brazos
Amorosamente.
¿Está muerto, desaparecido o bien vivo?
(Jacques Prévert, 1972)*

CAPÍTULO 1

DE NIÑA, MI MADRE ME contaba cuentos. No eran cuentos de hadas, no. Eran cuentos de familia o así se me antojaba a mí porque, desde la perspectiva de una pequeña, todo resultaba extraño y fascinante.

Eran historias de otro tiempo, de otro país, de otro idioma —puesto que aquí, en Bélgica, hablaba francés casi siempre—, con personajes que se me antojaban, como poco, irreales.

Me hablaba de gentes desconocidas para mí pero que eran tíos abuelos, abuelos o bisabuelos míos. Y eso lo hacía todo más entrañable, más misterioso. Las palabras que empleaba mi madre, por simples que fueran, parecían palabras mágicas, llaves para abrir puertas de un mundo irreal, si no hubiera sido por la avalancha de emociones que parecían despertarse en mi interior al saber que aquellos *personajes* —casi todos muertos ya— estaban estrechamente vinculados a mí. Aquellas palabras eran como notas de música que hacían cabalgar mi imaginación.

Me ponía a soñar con personajes que actuaban como en una película... Pronto llegué a pensar que mi familia era eso: un grupo de héroes del celuloide.

Claro está, con los años he perdido mucho de esa capacidad de ver los hechos y las gentes como puros personajes maravillosos, pero puedo volver a ese estado intemporal para encontrar a los míos, es decir, seres humanos que son también parte de mí misma.

El recuerdo me lleva a la emoción y la emoción me pone delante de unas imágenes que son como las fotos de un álbum muy privado.

Hoy he decidido abrir ese álbum y dejar escritas las palabras de mi madre, junto con las imágenes elaboradas por mi fantasía infantil.

El primer nombre que salta en mi mente es el de Juan Talina —Talina era su apodo—. Era mi bisabuelo, pescador de un pueblo de la Costa del Sol. Un pueblo de pescadores y camperos, protegido por una sierra maravillosa con bosque de abetos, pinsapos, alcornoques, quejigos, pinos, madroños y muchas otras especies de árboles, donde pastan las cabras montesas y los corzos, huidizos por la presencia de los últimos lobos. El duro hierro que tiene en sus entrañas le da color y le presta su nombre: Sierra Bermeja. Hoy, con el progreso, hay menos pesca y menos campos, pero seguimos amándolos y pocos son los de aquí que no tengan una finca de su propiedad —comprada o heredada—, aunque ahora sean las piscinas y segundas residencias las que ocupen el lugar que antaño tuviera la siembra.

A la entrada de mi pueblo —y digo mi pueblo por cariño, aunque sé que es una villa, ya que Felipe V, el 21 de abril del 1729 en Sevilla, le dio Carta de Villazgo nombrándola villa de Estepona— hay una estatua emblemática. Representa al pescador y al campesino, los dos juntos como hermanos. Ya casi no se pesca ni se trabaja el campo: los ingresos provienen, principalmente, del turismo. Como decía al principio, mi bisabuelo era pescador y patrón de su propio barco.

Cuando los barcos, esos barcos tan grandes que no podían acercarse a la playa, cruzaban el pueblo, mi bisabuelo y otros

marineros iban hacia ellos en sus pequeñas embarcaciones y les vendían frutas frescas y otras legumbres. Ellos pagaban con monedas inglesas. Por lo visto, eran barcos ingleses camino de Gibraltar o viceversa.

Un día mi bisabuelo venía de vuelta, muy contento y gritando:

—¡Me han dado una libra *talina*! ¡Me han dado una libra!

De ahí el mote.

Y me imagino a estos hombres y a mi bisabuelo Juan en su pequeña barca haciendo comercio en alta mar, con marineros de otros países, de otras lenguas, cambiando, quizás, otras mercancías por ricas frutas y hortalizas, de unos campos bendecidos por el sol y abonados con buen estiércol.

Creo sentir el olor a marisma, ver las olas romperse contra los cascos de los barcos, escuchar las risas y las palabras intercambiadas en acentos inciertos. Creo ver el sol, a los marineros, al capitán del otro barco que mira y comercia con los demás. Imagino a mi bisabuelo contento, zalamero, dispuesto a ganar muchas libras *talinas* para...

Puedo ver a mi bisabuelo, como un zorro, corriendo, en la noche, por los tejados de las casas del pueblo, escapando de los guardias civiles que le gritaban desde abajo:

—¡Juan Talina!, ¡baja!, ¡estas detenido!, ¡te vas a *escoñar* con la borrachera que llevas encima!

Mi bisabuelo corre aún más. Sabía que si lo atrapaban iría derecho al calabozo. ¿Qué le pasaría por la mente para robarles ese dinero a las mujeres de alegre vida, o de mala vida, que él solía frecuentar en esa determinada casa que había en el pueblo?